

UNIVERSIDAD DE MENDOZA  
 FACULTAD DE CIENCIAS  
 "ALFONSO REYES"  
 1965 MENDOZA, MENDOZA

## CAPITULO XV.

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad, y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe.

Excusemos circunloquios y vamos á la sustancia. Murió mi amable amo, padrino, compadre y protector: murió sin hijos ni herederos forzosos, y tratando de darme las últimas pruebas del cariño que me profesó, me dejó por único heredero de sus bienes, contándose entre estos la hacienda que administraba yo en compañía de Anselmo, bajo las condiciones que expresó en su testamento, y que yo cumplí como su amigo, como su favorecido y como hombre de bien, que es el título de que más nos debemos lisongear.

Si sentí la muerte de este buen hombre, no tengo para qué ponderarlo cuando era necesario haber sido más que bruto para no haberlo amado con justicia.

Leí el testamento que otorgó á mi favor, y al llegar á la cláusula que decía, que por lo bien que lo habia servido, lo satisfecho que estaba de mi honrada conducta, y por cumplir el obsequio que habia ofrecido á su ahijada, que era mi esposa, me donaba todos sus bienes, etc., no pude ménos que regar aquellos renglones con mis lágrimas nacidas de amor y gratitud.

Asistí á sus funerales: vestí luto con toda mi familia, no por ceremonia, sino por manifestar mi justo sentimiento: cumplí todos sus comunicados exactamente, y habiendo entrado en posesion de la herencia, disfruté de ella con la bendicion de Dios y la suya.

No por verme con algun capital propio me desconocí, como habia hecho otras veces, ni desconocí á mis buenos amigos. A todos los traté como siempre, y los serví en lo que pude, especialmente á aquellos que en algun tiempo me habian favorecido de cualquier modo.

Entre estos tuvo mucho lugar en mi estimacion mi amo el chino, á quien restituí como tres mil y pico de pesos que le dispé cuando viví en su casa; pero él no los quiso admitir, ántes me escribió que era muy rico en su tierra, y en la mia no le faltaba nada: que se daba por satisfecho de aquella deuda, y me los devolvía para mis hijos. Concluyó esta carta diciéndome que estaba para regresar á su patria sin querer ver más ciudades ni reinos que el de América, por tres razones: la primera, porque se hallaba quebrantada su salud; la segunda, porque segun las observaciones que habia hecho no podia ménos el mundo que ser

igual en todas partes, con muy poca diferencia; pues en todas partes los hombres eran hombres y la tercera y principal, porque la guerra, que al principio no creyó que fuese sino un motin popular, que se apagaria brevemente, se iba generalizando y enardeciendo por todas partes.

Yo admití su favor dándole las debidas gracias por su generosidad, y el dia que no lo esperaba, llegó á mi casa en un coche de camino precedido de mozos y mulas que conducian su equipaje.

Hizo que parase el coche á la puerta de la tienda, y desde allí se despidió sobre la marcha. No lo permití yo, ántes valiéndome de la suave violencia que sabe usar la amistad, lo hice bajar del coche y que descargaran las mulas. A estas, á los mozos y cocheros se les asistió en el meson, y á mi amo en casa, en la que se excedió mi esposa para agasjarlo.

Mucho platicamos ese dia, y entre tanto como hablamos le pregunté: ¿qué escribia tanto cuando yo estaba en su casa? Si lo vieras, me dijo, acaso te incomodarias, porque lo que escribí fueron unos apuntes críticos de los abusos que he notado en tu patria, ampliándolo con las noticias y explicaciones que oia al capellan, á quien despues daba los cuadernos para que los corrigiera.

¿Y qué se han hecho esos cuadernos, señor! Los lleva vd. ahí?—No los llevo, me dijo; dos años há que se los remití á mi hermano el tután, con algunas cosas particulares de tu tierra.

Pues tan léjos estaria yo de incomodarme, señor, con los tales apuntes, que ántes apreciaria demasiado su lectura. ¿Quién tiene los borrados

res! El mismo capellan se queda con ellos, me respondió; pero no sé por qué los reserva tanto que á nadie los ha querido prestar. Propuse en mi interior no omitir diligencia alguna que me pareciera oportuna para lograr los tales cuadernos. Se hizo hora de comer, y comí con mi familia en compañía de aquel buen caballero.

A la tarde fuimos al campo á divertirnos con las escopetas, y pasando por donde tiró el caballo ó se cayó con el misántropo, le conté la aventura de éste, que el asiático escuchó con mucho gusto.

A la noche volvimos á casa, se pasó el rato en buena conversacion entre nosotros, el señor cura y otros señores que me favorecian con sus visitas, y cuando fué hora de cenar, lo hicimos y nos fuimos á recojer.

Al siguiente dia madrugamos, y fuí á dejar á mi querido amo hasta Cuernavaca, desde donde me volví á mi casa, despues de haberme despedido de él con las más tiernas expresiones de amor y gratitud.

No pude olvidarme de los cuadernos que escribí, y desde luego comencé á solicitarlos con todo empeño por medio de mi buen amigo y confesor Martin Pelayo, como que sabia la amistad que llevaba con el Dr. D. Eugenio, capellan que fué de mi amo el chino, y comentador ó medio autor de dichos papeles.

No me han disuadido claramente de mi solicitud; pero hasta ahora no los puedo ver en mis manos; porque dice el padre capellan que los está poniendo en limpio, y que luego que concluya es-



ta diligencia, me los prestara. El es hombre de bien, y creo que cumplirá su palabra.

Cosa de dos años mas viví en paz en aquel pueblo, visitando à ratos à mis amigos y recibiendo en correspondencia sus visitas, entregado al cumplimiento de mis obligaciones domésticas, que han sido las únicas que he tolerado; pues aunque varias veces me han querido hacer juez en el pueblo, jamas he accedido à esta solicitud, ni he pensado en obtener ningun empleo, acordándome de mi ineptitud y de que muchas veces los empleos infunden ciertos humillos que desvanecen al que los ocupa, y acaso dan al traste con la mas constante virtud.

Mis atenciones, como he dicho, solo han sido para educaros, asegurar vuestra subsistencia sin daño de tercero, y hacer el poco bien que he podido en reemplazo del escándalo y perjuicios que causaron mis extravíos; y mis diversiones y placeres han sido los mas puros é inocentes, pues se han cifrado en el amor de mi mujer, de mis hijos y de mis buenos amigos. Ultimamente, doy infinitas gracias à los cielos porque à lo menos no me envejecí en la carrera del vicio y la prostitucion; sin que, aunque tarde, conocí mis yerros, los deseste, y evite caer en el precipicio à donde me despeñaban mis pasiones.

Aunque en realidad de verdad nunca es tarde para el arrepentimiento, y me es mas que vivo el hombre siempre está en oportuidad para justificar se no debamos vivir en esta confianza, pues acaso en castigo de nuestra pertinacia y rebeldía nos

faltarà esa oportunidad al tiempo mismo de desearla.

Yo os he escrito mi vida sin disfraz: os he manifestado mis errores y los motivos de ellos sin disimulo, y por fin, os he descubierto en mí mismo cuales son los dulces premios que halla el hombre cuando se sujeta à vivir conforme à la recta razon y à los sabios principios de la sana moral.

No permita Dios que despues de mis dias os abandoneis al vicio, y tomeis solo el mal ejemplo de vuestro padre, quizá con con la necia esperanza de emularos como él à la mitad de la carrera de vuestra vida, ni digais en el secreto de vuestro corazon: sigamos à nuestro padre en sus yerros, que despues lo seguiremos en la mudanza de su conducta, pues tal vez no se logran esas incuas esperanzas. Consagrad, hijos míos, à Dios las primicias de vuestros años, y así lograreis percibir temprano los dulces frutos de la virtud, honrando la memoria de vuestros padres, excusándoos las desgracias que acompañan al crimen, siendo útiles al estado, y à vosotros mismos y pasando de una felicidad temporal à gozar de otra mayor que no se se acaba.

Corté el hilo de mi historia; pero acaso no serán muy inútiles mis últimas digresiones.

Dos años mas despues de la ausencia de mi amo el chino, como ya os dije, viví en San Agustín de las Cuevas, hasta que me ví precisado à realizar mis intereses y radicarme en esta ciudad, ya por ver si en ella restablecia mi salud debilitada por la edad y asaltada por una anasarca ó



hidropesía general, y ya por poner aquellos á cubierto de las resultas de la insurreccion que se suscitó en el reino el año de 1810. ¡Epoca verdaderamente fatal, y desastrosa para la Nueva España! ¡Epoca de horror, de crimen, sangre y desolacion!

¡Cuántas reflexiones pudiera hacer os sobre el origen, progresos y probables fines de esta guerra! Muy fácil me sería hacer una reseña de la historia de América, y dejaros el campo abierto para que reflexionarais de parte de quien de los contendientes está la razon, si de la del gobierno español, ó de los americanos que pretenden hacerse independiendentes de la España; pero es muy peligroso escribir sobre esto y en México el año de 1813. No quiero comprometer vuestra seguridad, instruyéndoos en materias políticas que no estais en estado de comprender. Por ahora básteos saber que la guerra es el mayor de todos los males para cualquiera nacion ó reino; pero incomparablementeson más perjudiciales las conmociones sangrientas dentro de un mismo país, pues la ira, la venganza y la crueldad inseparables de toda guerra, se ceban en los mismos ciudadanos que se alarman para destruirse mutuamente.

Bien conocieron esta verdad los romanos como tan ejercitados con estas calamidades intestinas. Entre otros son dignos de notarse Horacio y Lucano. El primero, reprendiendo á sus conciudadanos enfurecidos, les dice: «¿A dónde vais, malvados? ¿para qué empuñais las armas? Por ventura se han teñido poco los campos y los mares con la sangre romana? Jamas los lobos ni los

leones han acostumbrado como vosotros, ejercitar su encono sino con otras fieras sus desiguales ó diferentes en especie. Y por ventura, aun cuando riñen, ¿es su furor mas ciego que el vuestro? ¿es su rabia mas acre? ¿es su culpa tanta? Responded. ¡Pero qué habeis de responder! Callais, vuestras caras se cubren de una horrible amarillez, y vuestras almas se llenan de terror convencidas por vuestro mismo crimen.»

De semejante modo se expresaba el sensible Horacio; y Lucano hace una viva descripción de los daños que ocasiona una guerra civil, en unos versos que os traduciré libremente al castellano.

Dice, pues, que en las conmociones populares

Perece la nobleza con la plebe  
Y anda de aquí acullá la cruel espada.  
Ningun pecho se libra de sus filos;  
La roja sangre hasta las piedras mancha  
De los sagrados templos; no defiende  
A ninguno su edad: la vejez cana  
Ve sus dias abreviar y el triste infante  
Muere al principio de su vida ingrata.  
¡Pero por qué delito el pobre viejo  
Ha de morir, y el niño que no dañan!  
¡Ah, que solo vivir en tiempos tales  
Es grande crimen, sí, bastante causa!

Con mas valentía pintò Erasmo todo el horror de la guerra, y se esfuerza cuando habla de las civiles. «Comun cosa es,» dice «el pelear: despedázase un gente con otra, un reino con otro reino, príncipe con príncipe, pueblo con pueblo, y o que aun los Ethnicos tienen por impio, el deo



do con el deudo, hermano con hermano, el hijo con el padre; y finalmente, lo que á mi parecer es mas atroz, un cristiano con un hombre; y qué sería (digo lo por la mayor de las atrocidades) si fuese un cristiano con otro cristiano? Pero ¡oh ceguedad de nuestro entendimiento! que en lugar de abominar esto, haya quien lo aplauda, quien con alabanzas lo ensalze, quien la cosa mas abominable del mundo la llame santa, y avivando el enojo de los príncipes cebe el fuego hasta que suba al cielo la llama.

Virgilio conoció que nada bueno habia en la guerra y que todos debiamos pedir á Dios la duracion de la paz. Por esto escribió, *Nulla salus bello, pacem te poscimus omnes*.

De todo esto debéis inferir, cuán gran mal es la guerra, cuán justas son las razones que militan para excusarla, y que el buen ciudadano sólo debe tomar las armas cuando se interese el bien comun de la patria.

Solo en este caso se debe empuñar la espada y abrazar el broquel y no en otros, por más lisonjeros que sean los fines que se propongan los comuneros, pues dichos fines son muy contingentes y aventurados, y las desgracias consecutivas á los principios y á los medios son siempre ciertas, funestas y generalmente perniciosas. . . . Pero apartemos la pluma de un asunto tan odioso por su naturaleza, y no querramos manchar las páginas de mi historia con los recuerdos de una época teñida con sangre americana.

Después de realizados mis bienes y radicado en México, traté de ponerme en cura, y los mé-

dicos dijeron que mi enfermedad era incurable. Todos convenian en el mismo fallo, y hubo pedante que para desengañarme de toda esperanza, apoyó su aforismo en la vejez, diciéndome en latin que los muchos años son una enfermedad muy grave, *Senectus ipsa est morbus*.

Yo, que sabia muy bien que era mortal y que ya habia vivido mucho, no me dilaté en creerlos. Quise que no quise, me conformé con la sentencia de los médicos, conociendo que el conformarse con la voluntad de Dios á veces es trampa legal pues querramos que no querramos se ha de cumplir en nosotros; hice, como suelen decir, de la necesidad virtud, y ya sólo traté de conservar mi poca salud pasivamente; pero sin esperanza de restablecerla del todo.

En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad tuve otro nuevo que fué un tal Lizardi, padrino de Carlos para su confirmacion, escritor desgraciado en nuestra patria y conocido del público con el epíteto con que se distinguió cuando escribió en estos amargos tiempos, y fué el de *Pensador Mexicano*.

En el tiempo que llevo de conocerlo y tratarlo he advertido en él poca instruccion, menos talento, y útimamente ningun mérito (hablo con mi acostumbrada ingenuidad); pero en cambio de estas faltas, sé que no es embustero, falso, adulator ni hipócrita. Me consta que no se tiene ni por sabio ni por virtuoso: conoce sus faltas, las advierte, las confiesa y las detesta. Aunque es hombre, sabe que lo es: que tiene mil defectos, que esta lleno de ignorancia y amor propio, que mil veces no

advierde aquella porque éste lo ciega, y últimamente, alabando sus producciones algunos sabios en mi presencia y en la suya, le he oído decir mil veces: señores, no se engañen, no soy sabio, intruido ni erudito, sé cuanto se necesita para desempeñar estos títulos, mis producciones os deslumbran, leídas á la primera vez; pero todas ellas no son mas que oropel. Yo mismo me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distraccion de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis errores, pues debia escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero despues que he escrito de este modo, y despues de que conozco por mi natural inclinacion que no tengo paciencia para leer mu ho, para escribir, borrar, enmendar, ni consulta despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo á calor de mi fantasia la precipitacion siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, por que del de los necios no hago caso.

Al escuchar al Pensador tales expresiones, le marqué por mi amigo, y conociendo que era hombre de bien, y que si alguna vez erraba, era mas por un entendimiento perturbado que por una deprabada voluntad, lo numeré entre mis verdaderos amigos, y él se grangeó de tal modo mi afecto, que lo hice dueño de mis más escondidas confianzas, y tan to nos hemos amado que puedo

decir que soy uno mismo con el Pensador y él conmigo.

Un dia de éstos en que ya estoy demasiadamente enfermo, y en que apenas puedo escribir los sucesos de mi vida, vino á visitarme, y estando sentada mi esposa en la orilla de mi cama y vosotros al rededor de ella, advirtiéndome fatigado de mis dolencias, y que no podia escribir mas, le dije: toma esos cuadernos para que mis hijos se aprovechen de ellos despues de mis dias.

En ese instante dejé á mi amigo el Pensador mis comunicados, y estos cuadernos para que los corrija y anote, pues me hallo muy enfermo. . .